

dato les ayudaba cada año con doscientos ducados ó trescientos. Mas despues que él murió, ninguna cosa se les ha dado, ni ningun favor se les ha mostrado, antes por el contrario, se ha sentido disfavor en algunos que despues acá han gobernado, y aun deseo de quererles quitar lo poco que tenían, y el beneficio que se les hace á los indios aplicarlo á españoles, porque parece tienen por mal empleado todo el bien que se hace á los indios, y por tiempo perdido el que con ellos se gasta. Y los que cada día los tratamos en la conciencia y fuera de ella, tenemos otra muy diferente opinion, y es, que si Dios nos sufre á los españoles en esta tierra, es por el ejercicio que hay de la doctrina y aprovechamiento espiritual de los indios, y que faltando esto, todo faltaria y se acabaria. Porque fuera de esta negociacion de las ánimas (para la cual quiso Dios descubrirnos esta tierra), todo lo demas es cobdicia pestilencial y miseria de mal mundo. Las razones que daban los contrarios á este estudio del colegio, eran: la primera, que el saber latin los indios, de ningun provecho era para la república, y esto la experiencia ha mostrado ser falsísimo, porque con estos colegiales latinos aprendieron su lengua perfectamente por arte los que bien la supieron, y con su ayuda de ellos tradujeron en la misma lengua las doctrinas y tratados que han sido menester para enseñamiento de todos los indios, y los impresores con su ayuda los han impreso, que de otra manera no pudieran. Demas de esto, por su habilidad y suficiencia han ayudado mas cómodamente que otros á los religiosos en el exámen de los matrimonios y en la administracion de los otros sacramentos. Y por la misma suficiencia han sido elegidos por jueces y gobernadores en la república, y lo han hecho mejor que otros, como hombres que leen y saben y entienden. Y de esto buen ejemplo tenemos presente en D. Antonio Valeriano, indio gobernador de la ciudad de México, que habiendo salido buen latino, lógico y filósofo, sucedió á los religiosos sus maestros arriba nombrados, en leer la gramática en el colegio algunos años, y aun á religiosos mancebos en su convento, y despues de esto fué elegido por gobernador de México, y há poco menos (y no sé si mas) de treinta que gobierna aquella ciudad, en lo que toca á los indios, con grande aceptacion de los vireyes y edificacion de los españoles. La segunda razon, decian, que por saber latin podrian dar en herejías y errores, y serian bastantes para revolver y alborotar los pueblos. Yo no sé con qué fundamento podian juzgar esto de los indios más que de los españoles ó de otros de otras naciones, sino menos, por ser, como son, mas enco-

Latinos indios, lo que han aprovechado.

gidos y sujetos que otros. Mas el enemigo de todo lo bueno pone estas imaginaciones en los entendimientos de algunos para estorbar el provecho de otros. Y bien podemos decir de estos lo del Salmista, que «temblaron y temieron do no habia que temer,» como bien se ha visto, pues en tantos años como han corrido no se ha sentido herejía de indio latino ni de no latino, que si lo hubiera, pienso viniera á mi noticia, ni se ha sabido que alguno de ellos haya alborotado pueblos, mas antes que los hayan discreta y pacíficamente regido. Tampoco faltaron religiosos que les fueron contrarios. Y serian los no muy letrados, ó por mejor decir, poco latinos, temiendo que en las misas y oficios de la iglesia les notasen los indios sus faltas. Pero no tenían razon de impedir el bien de sus prójimos por su descuido y negligencia: como no la tuvo un padre clérigo que se puso á riesgo de quedar confuso, por tener en poco y hacer burla (como dicen) de los mal vestidos. Y fué que este sacerdote, no entendiendo palabra de latin, tenia (como otros muchos) siniestra opinion de los indios, y no podia creer de ellos que sabian la doctrina cristiana, ni aun el *Pater noster*, aunque algunos españoles le decian y afirmaban que sí sabian. Él, todavía incrédulo, quí solo probar en algun indio, y fué su ventura que para ello hubo de topar con uno de los colegiales, sin saber que era latino, y preguntóle si sabia el *Pater noster*; y respondióle el indio que sí. Hízosele decir, y díjolo bien. Y no contento con esto, mandóle decir el Credo. Y diciéndolo bien, el clérigo arguyóle una palabra que el indio dijo, *Natus ex Maria Virgine*, y enmendóle el clérigo, *Nato ex Maria Virgine*. Como el indio se afirmase en decir *natus*, y el clérigo que *nato*, tuvo el estudiante necesidad de probar por su gramática cómo no tenia razon de enmendarle así. Y preguntóle, hablando en latin: *Reverende pater, nato, cujus casus est?* y como el clérigo no supiese tanto como esto, ni cómo responder, hubo de ir afrentado y confuso, pensando de afrentar al prójimo. Así que, cada uno trabaje de saber lo que es de su oficio, y por ser él ignorante, no quiera que los otros tambien lo sean. Con todo esto ha cesado el enseñar deveras latin á los indios, por estar los del tiempo de ahora por una parte muy sobre sí, y por otra tan cargados de trabajos y ocupaciones temporales, que no les queda tiempo para pensar en aprovechamiento de ciencias ni de cosa del espíritu, y tambien los ministros de la Iglesia desmayados, y el favor y calor muerto, y así se ha ido todo cayendo. No las paredes del colegio (que buenas y recias están, y muy buenas aulas y piezas augmen-

Psal. 13 et 52.

tadas por el padre Fr. Bernardino de Sahagun, que hasta la muerte lo fué sustentando y ampliando cuanto pudo), sino el cuidado, calor y favor que tengo dicho. Enseñóseles tambien un poco de tiempo á los indios la medicina, que ellos usan en conocimiento de yerbas y raices, y otras cosas que aplican en sus enfermedades; mas esto todo se acabó. Y ahora poco mas sirve el colegio de enseñar á los niños indios que allí se juntan (que son del mismo pueblo de Tlatelulco) á leer y á escribir y buenas costumbres. Estas plega á Nuestro Señor se impriman en sus corazones, y no prevalezcan las malas que por otras vias les enseña la comunicacion de tantos géneros de gentes como se van multiplicando en esta tierra y region de las Indias.

CAPÍTULO XVI.

Del modo que se tiene en enseñar á los niños y niñas, y de las matronas que ayudaron mucho en el ministerio de la Iglesia.

TODOS los monesterios de esta Nueva España tienen delante de la iglesia un patio grande, cercado, que se hizo principalmente y sirve para que en las fiestas de guardar, cuando todo el pueblo se junta, oyan misa y se les predique en el mismo patio, porque en el cuerpo de la iglesia no caben sino los que por su devocion vienen á oír misa entre semana. Á un lado de la iglesia (que es comunmente á la parte del norte, porque á la del mediodía está el monesterio) está en todos los pueblos edificada una escuela, donde cada día de trabajo se juntan los cantores, acabada la misa mayor, para proveer lo que se ha de cantar en las vísperas (si han de ser solemnes) y en la misa del día siguiente, porque aunque se diga rezada en ferias y días simples, siempre cantan un motete en canto de órgano, despues de haber alzado el Santísimo Sacramento. Y tambien se juntan para enseñar los que saben el canto á los que no lo saben, y para enseñarse los que tañen los menestriales. En la misma escuela, en otra pieza por sí, ó en la misma si es larga, se enseñan á leer y escribir los niños hijos de la gente mas principal, despues que han sabido la doctrina cristiana, la cual solamente se enseña á los hijos de la gente plebeya allá fuera en el patio, y sabida esta los despiden para que vayan á ayudar á sus padres en sus oficios, granjerías ó trabajos, aunque en algunas partes hubo descuido en hacer esta diferencia (especialmente en pueblos pequeños, donde es poca la gente), que sin dis-

Escuelas de niños entre los indios.

Doctrinas de niños y niñas en los patios.

tincion se enseñan todos los niños, hijos de principales y de plebeyos, á leer y escribir en las escuelas, y de aquí se sigue que en los tales pueblos vienen á regir y mandar los plebeyos, siendo elegidos para los oficios de la república por mas hábiles y suficientes. Las niñas todas, así hijas de mayores como de menores, indiferentemente se enseñan en la doctrina cristiana por sus corrillos, reparadas por su orden; de suerte que en un corrillo se enseñan el *per signum* y el *Pater noster* y Ave María, y las que han sabido esto entran en otro corrillo al Credo y *Salve Regina* (todo esto en su propia lengua), y en otro aprenden los mandamientos de Dios; tras esto los artículos de la fe, y así van subiendo de grado en grado hasta saber los mandamientos de la Iglesia y sacramentos, y lo demas de la doctrina cristiana. Y en algunos pueblos donde la gente es mas curiosa y avisada, y puesta en mas policía, las mismas niñas que ya saben toda la doctrina, ruegan á las viejas que saben otras oraciones de coro, y maneras de rezar en sus cuentas, que las enseñen, y suplican al prelado del convento que se lo mande. Y de esta suerte se están enseñando en los patios muchas de ellas, hasta que se casan, ó poco menos. Yo he tenido (siendo guardian en algun pueblo) mas de trescientas doncellas casaderas, juntas en el patio de la iglesia, enseñándose unas á otras con la mayor sinceridad y honestidad que se puede imaginar. De donde se puede colegir y entender cuán diferente gente es esta indiana, de nuestra nacion española y de las otras que en nuestra Europa tenemos conocidas, y con cuánta diferencia requiere su natural y capacidad ser regida y gobernada; que por no se entender esto tan bien como convenia, por pender su gobierno de España y no tener á su rey presente, se ha perdido harto de la cristiandad y policía que en ella se pudiera obrar, y no menos de su conservacion. Todas estas mozas que he dicho, tienen sus matronas ó madres espirituales (que así las llaman ellas), señaladas por sus barrios, que las traen á la iglesia y las guardan, y las vuelven á sus casas. Cuál trae media docena, cuál una, cuál mas ó menos, segun son los barrios, grandes ó chicos. Y demas de su guarda, hay alguaciles diputados de la iglesia que miran por ellas. Los niños y niñas pequeñas tienen viejos por guiadores que los traen de sus casas y los vuelven á llevar. Y estos viejos tienen los patios muy barridos y limpios, que generalmente están adornados con árboles, puestos por orden y renglera, que en tierra caliente son cipreses y naranjós entreverados, que es contento y motivo de alabar á Dios entrar entre ellos, y en la tierra templada y fria, ár-

Doncellas que se enseñan en los patios de las iglesias.

Patios de las iglesias adornados de arboleda.

boles del Perú, que todo el año están verdes, y tambien cipreses. Y aunque dije que aquellas doncellas se están enseñando hasta que se casan, no se ha de entender que todas las indias se casan, porque muchas de ellas viven en perpetua continencia; y donde menos aparejo parece que hay para el recogimiento, y mas ocasiones y peligros, allí se halla mucha virtud, como es en las grandes poblaciones, adonde así como hay mayores vicios y pecados, provee Dios que haya tambien mayores obras y ejemplos de virtud y bondad que en los pueblos pequeños. Dígolo, porque en la ciudad de México (que es una Babilonia), llena de mestizos, negros y mulatos, demas de la multitud de españoles distraidos, se hallan centenares de indias en su vejez doncellas, que en tanto número de años la gracia divinal las ha conservado en su pureza y limpieza, sin casarse ni saber qué cosa es varon. Y otras mozas que con no poder evitar de salir á los mercados á vender ó comprar sus menesteres, están tan enteras en la guarda de su virginidad, como las muy encerradas hijas de señoras españolas metidas tras veinte paredes; que es de tener en mucho en gente tan abatida y desechada, y puesta entre tantas dificultades y peligros de mal mundo para conservar la castidad. De estas doncellas hubo en tiempos pasados muy señaladas matronas en muchos pueblos, particularmente en el contorno de México, en Suchimilco, Tezcuco, Guatitlan, Tlalmanalco y Tepepulco, y hácia lo de Tlascalala, Cholula, Guaxocingo, Tepeaca y Tehuacan, las cuales recibieron con tanta devocion y buen espíritu la doctrina de aquellos primeros padres, que desde su mocedad perseveraron en perpetua continencia hasta la muerte, á manera de beatas, no porque ellas hiciesen algun voto (á lo menos público), mas de que voluntariamente se ofrecieron al Señor, no apartándose de su templo y servicio, ocupadas en oraciones, ayunos y vigiliass, á ejemplo de aquella Santa Ana viuda, que adoró, confesó y predicó al Infante Jesus en el templo de Jerusalem, y juntamente ejercitándose en obras de caridad y virtud, á imitacion de las santas mujeres que en la primitiva Iglesia seguian y servian á los apóstoles y discípulos de Cristo. Así estas beatas ó matronas han servido y ayudado en muchas cosas en el ministerio de la Iglesia para utilidad de las almas, como es en lo que arriba queda dicho, de enseñar la doctrina cristiana y otras oraciones y devociones que ellas deprendieron, á las mozas y á otras mujeres que no las sabian, y en adestrar como madres y guiar las confradías que tienen del Santísimo Sacramento y de Nuestra Señora, que en todas partes son comunes, mas en pueblos grandes tambien tienen

Doncellas indias muy guardadas.

Matronas indias á manera de beatas.

Luc. 2.

Luc. 8.

Act. 1.

Confradías entre los indios.

las del Nombre de Jesus y de la Veracruz, y de la Soledad en la Semana Santa. Todas estas confradías en algunos pueblos se rigen tan principal y aun mas principalmente por medio de estas matronas, que de los hombres. Y parece que en esta tierra les cuadra este oficio, (fuera de ser la devocion mas natural á las mujeres, como el bienaventurado S. Augustin lo dice y la autoridad de la Iglesia lo confirma, llamándolas devoto sexo feminil), porque en este clima hace ventaja el mujeriego en su modo al sexo varonil. Y no es maravilla si el principal planeta que en esta region reina las favorece y es de su parte, que esto es de naturaleza, aunque la gracia sobre todo. Demas de esto han ayudado en el servicio de los hospitales y enfermos, y en instruir y aparejar á los ignorantes para la confesion y recepcion del santísimo sacramento de la Eucaristía, el cual ellas frecuentemente reciben, á lo menos en las grandes festividades, y en tener recogidas las mujeres solteras que se halla andar derramadas en ofensa de Nuestro Señor, cuando el ministro de la Iglesia se las encomienda, y en otras buenas obras semejantes á estas. Y puesto que en muchas partes haya habido muchas matronas de estas, entre las demas fué señalada una Ana de la Cruz, natural del pueblo de Tlatelulco (que es como barrio por sí de la ciudad de México), india devotísima y bienhechora de la órden del padre S. Francisco, y celosa de las cosas de la religion y del servicio de Dios nuestro Señor, en cuyo tiempo por su buena industria y diligencia andaban con mucho fervor las cosas de la cristiandad en aquel pueblo. Ahora en muy pocas partes hay de estas matronas ó beatas que se ejerciten en semejantes obras espirituales, por haberse disminuido mucho la gente que solia haber, y porque dicen tienen hartó que hacer en buscar lo que han menester para su sustento, y para pagar su tributo y otras imposiciones que siempre les van añadiendo.

Aug. Serm. 18 de Sanctis.

Mujeriego de la Nueva España excede á los varones.

Ana de la Cruz, india devotísima.

CAPÍTULO XVII.

De las grandes limosnas que algunos indios y indias han hecho para ornato de sus iglesias y sustento de sus ministros.

UNA de las cosas que manifestamente confunde y desmiente la siniestra opinion que algunos han tenido y tienen de los indios, diciendo que no son verdaderamente cristianos, es el ordinario uso que han tenido de hacer limosnas á las iglesias, y de encomendar misas

Argumento claro de la cristiandad de los indios.

por sí ó por sus defunctos. ¿En qué juicio (si no es temerario) cabe decir que el que ofrece un cáliz ó una casulla, ó otro ornamento para que con él se celebren los oficios divinos, ó da alguna limosna para que le digan misas y encomienden á Jesucristo á él ó á los suyos, el tal no es cristiano? ¿Si no tuviese fe en la misa, para qué la habia de pedir gastando sus dineros? Este dicho, yo no puedo imaginar que sea sino de unos hombres del todo mundanos y gentilicos en su vivir, que no solo se contentan con nunca hacer limosna de los bienes temporales que Dios les da, mas aun tienen por mal empleado lo que se gasta en las iglesias para el culto divino, y solo aquello les parece bien empleado que se consume en trajes y juegos y banquetes, y otros vanos cumplimientos de mundo. Y así muchos de nosotros los cristianos viejos ponemos el fundamento y prueba de nuestra cristiandad en solo el nombre de cristianos que nos dejaron nuestros padres y abuelos, y no la regulamos con nuestras obras, no mirando que ellas son las que informan la fe para que sea verdadera, y que sin las obras es muerta la fe. Teniendo respeto á los actos interiores del alma, solo Dios sabe quién es bueno y verdadero cristiano, pero yo no tengo de juzgar esto, sino por las obras exteriores que viere. Y si las muchas limosnas son buenas obras, y obras de verdadera cristiandad (como lo son), argumento es que los indios son buenos cristianos, pues con mucha verdad se puede afirmar, que aunque es así que los españoles despues que se conquistó esta tierra han hecho muchas limosnas á los conventos de los religiosos, en especial al de México, y mayormente en el tiempo de su prosperidad, pero en este caso, tanto por tanto, mucho mas se han extendido los indios, así en comun como en particular. Tratando de lo comun, ¿quién ha edificado tantas iglesias y monesterios como los religiosos tienen en esta Nueva España, sino los indios con sus manos y proprio sudor, y con tanta voluntad y alegría como si edificaran casas para sí y sus hijos, y rogando á los frailes que se las dejasen hacer mayores? ¿Y quién proveyó las iglesias de los ornamentos, vasos de plata, y todo lo demas que para su arreo y ornato tienen, sino los mismos indios? En los tiempos antiguos, por espacio de mas de cuarenta años, nunca los religiosos de S. Francisco quisieron recibir la limosna que la real majestad hace á los frailes de las órdenes que entienden en el ministerio de los indios para su sustento, porque con las limosnas ordinarias de los mismos indios se sustentaban suficientísimamente. Mas ahora recíbenla por no ser cargos á los indios, que en este tiempo están pobres, y porque

Jac. 2.

Edificios de iglesias que han hecho los indios.

Limosnas grandes de indios.

con la mayor parte de ella se va edificando la iglesia de S. Francisco de México. Y hasta el dia de hoy ha habido pueblos donde con solas las limosnas de las misas que encomiendan los indios por sus defunctos y algunas otras limosnas que hacen particulares, se han sustentado, en cual doce, en cual veinte, y en cual mas de treinta frailes, y se sustentan el dia de hoy. La devocion y limosnas del pueblo de Cholula no se pueden ponderar. Los años atras por la mayor parte se sustentaba el convento de S. Francisco de los Angeles (que es ciudad de españoles) con las sobras del monesterio de Cholula, con morar de ordinario en el de Cholula mas de treinta frailes, y acullá otros tantos, y aun mas. En las ciudades de Suchimilco y Tezcuco han sido tambien los indios siempre muy devotos y limosneros, y lo mismo en Tlascala y en otras partes. El convento de Santiago de Tlatelulco (que es como barrio de México) se ha sustentado siempre abundantísimamente con las limosnas de los indios, habiendo allí de continuo gran concurso de religiosos moradores y huéspedes. No es cosa de poca consideracion que un convento de tanto número de frailes como es el de S. Francisco de México, que llegarán á ciento, se haya sustentado con las limosnas que los indios han hecho y hacen en su capilla de S. José, sin tomar hasta el dia de hoy misas, como se reciben en los conventos de España. Verdad es que los españoles lo han sustentado mucho (como ya lo tengo dicho), mayormente á los principios, que hacian tantas limosnas de pan, vino, carne, pescado y otras cosas, que los guardianes las volvían á enviar diciendo que no las habian menester; pero de algunos años acá, como las cosas de esta tierra han adelgazado y venido á mucho menos, y los españoles han crecido en número y en necesidades, han faltado sus limosnas. Y si no fuera por la capilla de los indios, no se pudiera sustentar el convento; aunque en el tiempo de ahora (como se van acabando los indios, que con su multitud enriquecian la tierra) ya no basta lo uno ni lo otro. El año de setenta y dos contó el religioso que tenia cargo de la capilla de S. José, habian ofrecido los indios el dia de la Conmemoracion de los Defunctos despues de Todos Santos, mas de cinco mil panes de Castilla y tres ó cuatro mil candelas de cera blanca, y veinte y cinco arrobas de vino (que para tierra de Indias es mucho) y gran cantidad de gallinas, y muy muchos huevos, y tanta fruta de Castilla y de la tierra de todo género, que con trabajo se pudo acarrear á la refitolería, con repartir gran parte de ella á pobres y á otros que se llegaban á pedirla, y esto ha sido ordinario todos los años. Los indios carniceros, que sirven de

Cholula, pueblo limosnero.

1572.

Ofrenda copiosa en la capilla de San José.

Carniceros indios,
la limosna que hacen
á S. Francisco.

matar reses y cortar carne á los españoles obligados en la ciudad de México, tienen por devoción mas há de cincuenta años, de hacer limosna al convento de S. Francisco de aquella ciudad, todos los sábados, de los menudos de vaca y carnero que son menester, y ellos mismos los llevan los viérnes cuando el sábado es día de grosura (sin que los religiosos se lo pidan); sin otras limosnas que hacen entre año de otras cosas. Y es gran limosna esta ordinaria de los sábados, por haber siempre en el convento (como he dicho) mas de cien frailes. Otras limosnas particulares, sería proceder en infinito quererlas contar, ni yo podría, ni las sé, sino muy pocas en respecto de las que ignoro, que no tienen número, mas contaré algunas. Y será la primera de aquella india matrona, llamada Ana, que en fin del capítulo pasado me dió motivo para tratar de esta materia, diciendo cómo era muy bienhechora de nuestro estado y órden. Esta devota mujer, demas de las ordinarias limosnas que hacía de hábitos y libros y otras cosas que habian menester á frailes particulares, enviaba á veces los doscientos y trescientos escudos para que se empleasen en la sacristía ó enfermería de S. Francisco de México, como si fuera una reina ó duquesa, no teniendo otra renta mas de lo que ella y otras cuatro ó cinco mujeres de su mismo espíritu (que le hacian compañía) ganaban con el trabajo de sus manos, y con la industria que su buena capitana les daba. La cual cuando se quiso morir, envió á rogar á dos padres viejos, Fr. Alonso de Molina y Fr. Melchior de Benavente, que la fuesen á ver. Y entrados adonde estaba, mandó salir la gente que allí habia, y llamando á una vieja su compañera, dijo á los religiosos: «Padres, esta hermana dará doscientos pesos para S. Francisco,» los cuales despues de muerta llevó la vieja, para que se empleasen en la sacristía, como la defuncta lo tenia antes dicho. Demas de esto, dejó muchas limosnas mandadas al monesterio de Tlatelulco, donde ella se enterró, y á la enfermería de S. Francisco y á frailes particulares para su vestuario y libros. Una india de Guacachula, llamada tambien Ana, todo cuanto ganaba lo ofrecia á la iglesia, y allegando alguna cantidad de dinero, acudia al guardian y le decia: «Padre, estos cien pesos ó doscientos me ha dado Dios: mira lo que es menester para su iglesia.» Y como algunas veces el guardian no los quisiese recibir, diciendo que de ninguna cosa habia necesidad, affigíase la buena mujer, y decia: «Padre, ¿para qué lo quiero yo? no tengo hijos ni marido, ¿á quién lo tengo de dar sino á Dios que me lo prestó?» Y así dijo aquel guardian que con las limosnas de

Indias limosneras.

aquella buena vieja habia hecho, primero una casulla rica, y luego una capa, y despues dalmáticas, y tras esto frontal, y otra casulla, y más adelante. En Tepeaca un indio mercader, llamado Juan de Torres, dió un terno de capa, casulla, dalmáticas y frontal de terciopelo negro bien guarnecido, y entre año siempre hacia largas limosnas al monesterio. Cuando este se quiso morir, dejó á otros cuatro ó cinco monesterios de aquella comarca cada cien pesos, sin otro cargo mas de que lo encomendasen á Dios; y al convento de Tepeaca doscientos, sin otros que dejó para misas. Y más mandó en su testamento, que setecientos pesos que le debia un español se cobrasen y se empleasen en lo necesario al convento, aunque nunca se cobraron, porque el español (que era un encomendero) tambien murió, y no con tan buen testamento. La mujer de este Juan de Torres murió algunos días despues, siendo yo allí guardian, y porque tenia un yerno jugador y desperdiciado, no quiso declarar en su testamento lo que tenia guardado para Dios y para su alma; mas fióse de su única hija, mujer del dicho jugador (que era de tan buena masa como sus padres), declarándole en confianza cómo tenia guardados ochocientos escudos, y lo que queria se hiciese de ellos. Y la hija (con tener hijos pequeños) fué tan fiel, que muerta la madre, los llevó de secreto al monesterio, diciendo que se enviasen cada ciento á los conventos de la comarca, y de lo demas se comprase lo necesario á aquella iglesia, encomendando á Dios el alma de su madre. Considérese qué sinceridad de ánima y cristiandad era menester en una española ó español para que no le llevara la codicia de aquel dinero, pudiéndose aprovechar de él sin que nadie se lo pidiera. Finalmente, los ornamentos que particulares indios han dado á las iglesias, y cálices y otros aderezos, han sido muchos y muy buenos, tanto, que por no les quitar su devoción (por ser nuevos en la fe) se han recibido hartos con escrúpulo de los religiosos, que celando la pobreza de su estado no los quisieran recibir. Y yo quisiera ya concluir con este capítulo (por no ser mas largo), y no puedo con mi conciencia dejar de contar una limosna de un pobre, pues he dicho otras de los que poseian algun caudal. En el pueblo de Topoyango, de la jurisdicción de Tlascala, un indio viejo ofreció al guardian (que era un gran siervo de Dios) un real de pan y un azumbre de vino. Y viendo el guardian al indio tan viejo y pobre en su traje, preguntóle de dónde habia habido los reales para comprar aquel pan y vino, que segun dijo le habia costado siete reales. Á lo cual respondió el viejo: «Padre, pues lo quieres sa-

Ejemplar limosna
de un pobre.

ber, quiérotelo contar. Sabrás que mi mujer y yo, viendo que otros nuestros vecinos te hacian limosna (como es razon, pues estás trabajando con nosotros), y no teniendo que darte por nuestra pobreza, estábamos con mucha pena. Mas quiso Nuestro Señor consolarnos en ella, y fué de esta manera. Teniamos una perrilla, y hízose preñada, y nacidos y criados los cachorrillos, yo fui á venderlos á tierra caliente, y con lo que me dieron por ellos compré un poco de algodón que mi mujer hiló, y con ello tejió una manta que vendí en siete reales, con los cuales compré este pan y vino que te traje.» Contando esta historia aquel padre bendito, preguntaba si seria esta tal limosna accepta á Dios. Y respondíase él mismo con lo que está escrito en las vidas de los santos padres del yermo, de un monje que iba por el agua media legua. El cual yendo un día imaginando de pasar su ermita cerca de do estaba el agua, oyó tras sí unos pasos. Y volviendo la cabeza para ver quién era, vió un ángel que le dijo: «Voy contando los pasos que das en venir tan lejos por el agua, para que cada paso se te pague, sin que uno se pierda.» Y así concluía este padre, que de estos dos indios, marido y mujer, los pasos y palabras y pensamientos que tuvieron para hacer aquella limosna, los ángeles con gran placer (sin falta) los escribian para que les fuesen galardonados. Y yo tambien concluyo mi capítulo con decir, que pues los indios son tan limosneros, deben de ser buenos cristianos, y no fingidos como los moriscos de Granada, á los cuales sus émulos y detractores los comparan.

CAPÍTULO XVIII.

De la fe y devocion que los indios siempre han tenido á las ceremonias y cosas de la iglesia.

ENTRE los viejos refranes de nuestra España (que infaliblemente suelen salir verdaderos), este es uno: que quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can; y quiere decir, que quien bien quiere á un hombre, y le es buen amigo, á todas sus cosas tiene aficion y le parecen bien, y por ellas habla y vuelve cuando se ofrece y es menester. Y si esto es verdad, mucho mayor verdad será que quien bien quiere al can de Beltran, por ser cosa suya, mucho mas querrá al mismo Beltran. De donde se infiere que los que son amigos y devotos de las cosas que pertenecen al servicio de Dios y á su culto

divino, lo serán tambien del mismo Dios, y lo querrán mucho y amarán. Y por el contrario, serán enemigos de Dios los que son enemigos de las cosas que pertenecen á su servicio y culto divino, como lo son los malvados herejes que destruyen las iglesias y lugares sagrados, y queman las imágenes y figuras de Dios y de sus santos, y niegan el santo sacrificio de la misa y todos los demas sacramentos, y persiguen y matan como á enemigos capitales á los sacerdotes que los administran, y escarnecen y burlan de las bendiciones, consagraciones y ceremonias santas de que usa la Iglesia católica. Todo lo cual (para confusion de estos apóstatas descendientes de católicos cristianos) proveyó Dios que los probrecillos indios (que poco há eran idólatras y ahora nuevos en la fe que los otros dejaron) tengan en grandísima estimacion, devocion y reverencia. Cosa maravillosa fué el fervor y diligencia con que los indios de esta Nueva España (despues que les fué predicada la palabra de Dios) procuraron edificar en todos sus pueblos iglesias, acudiendo hasta las mujeres y niños á acarrear los materiales, y aventajándose los unos con invidia de los otros en hacerlas mayores y mejores, y adornándolas segun su posible, como en los capítulos precedentes se ha visto. Y si les dejasen, cada uno querría tener una iglesia junto á su casa. Y ya que esto no pueden, tienen todos ellos sus oratorios á do rezan y se encomiendan á Dios. Y los que alcanzan caudal, parece que todo lo querrían emplear en cosas que causen memoria de Dios y de sus santos. Y así es cosa ordinaria remanecer de nuevo en cada convento de cuando en cuando imágenes que mandan hacer de los misterios de nuestra redencion ó figuras de santos en quien mas devocion tienen; unos para sus casas, donde les hacen sus capillitas ó retretes en que se guarden con decencia; otros las ofrecen á las iglesias, y les hacen sus andas para que se lleven en las procesiones. Y de estas apenas hay pueblo que tenga religiosos donde no haya cantidad de ellas. Y en acabando de hacer estas imágenes, tráenlas á mostrar al guardian ó prior del convento para que vea si están bien hechas y devotas, y se use de ellas con su aprobacion. Á los sacerdotes tienen los indios tanto respeto y reverencia como si ovieran oido de la boca del padre S. Francisco lo que acostumbraba decir: que si encontrase con un santo que bajase del cielo, y con un sacerdote, iria primero á besar la mano al sacerdote, y despues haria su debida reverencia al santo. En especial cuando el sacerdote acaba de decir misa, todos los indios circunstantes procuran de llegar á besarle la mano. Y si estando tres ó cuatro ó mas sacerdotes juntos, llegan á pedir

Oratorios tienen todos los indios.

Sacerdotes, reverenciados de los indios.